



KAVAFIS ÍNTEGRO

Miguel Castillo Didier

Santiago, Ediciones de la Universidad de Chile, 1991, 2 tomos, 756 Págs.

Pocos días después de la muerte de Borges tuve el siguiente sueño. Iluminado, por el momento, pero no por ello menos verídico. La acción se desarrolla en un pequeño departamento al que me había citado Borges. Cuando llegué al lugar, una mujer me abrió la puerta, como que era su hermana Narda, quien me indicó la dirección a seguir: señas por la derecha, después a la izquierda, hasta que al camino era incógnita; luego de recorrer un largo y estrecho, oscuro pasillo que se extendía desde la puerta hasta una pequeña sala de entre dos paredes doradas, me encontré en posesión de Borges. Un detalle me llamó de inmediato la atención: al contrario de lo que pudiera pensarse, en la habitación no había libro alguno, nada que recordase el principal atributo de mi anfitrión. Borges apareció entonces, sentado en su sillón estrecho tapizado de cuero negro -que perfectamente pudo haber sido café o granate en un sueño con colores-. Me miraba a través de su ceguera, de esa expresión inquietante que tienen los ojos que no ven. Comenzó a hablar sin más, pausado, como de costumbre. Al momento de *estas*, yo lo había notado cabalgando, algo triste; y efectivamente lo estaba, como me entró en el curso de la conversación. Desorientado más bien, una cuando sin embargo (en una sus lecciones de Spinoza y Séneca le sirvieron de mucho). Cuando llegó el infierno -todos saben que es allí donde van a parar los poetas luego de morir-, a excepción de San Juan de la Cruz y Santa Teresa, él era, en qué otros pesa antes el Nuncien que la teología. Borges no conocía la benevolencia que esperaba. Ningún otro poeta fue empujado con dolor. No acabó allí para recibirlo, como se decía con aquel otro, ni Estacio, ni Lucano, ni Lucrécio. Virgilio tampoco estaba, ni Dante. Ni siquiera Leopoldo Lugones, a cuyo memorable fantasma él dedicara *El Hacedor*, se había dignado venir. Ante la helada puerta del infierno -Borges, más dado a lo clásico, prefirió ver un infierno helado- estaba otra vez

contra esperarlo. Al volver no se pudo reconocer la identidad de este espectro. En esto, además de la espectacularidad del sueño, que él recordaba por fotografías vistas en su juventud, contribuyó también la exposición directa, tan aljibes en quien lo esperaba: era Walt Whitman, que a veces le pedía alguna explicación por la reedición tan poco whitmaniana que Borges había hecho de sus *Hojas de Hierba*.

Mientras nuestro poeta me hablaba de sus desdrenos, me vino a la memoria aquella conversación filosófica entre el cura y el barbero, durante el famoso encierro en la biblioteca de Don Quixote, Allí, hablando de Anaxágoras, el cura le dice al barbero que no es feliz empujar el trípode veneno, pues "por mucho cuidado que pongan y habilidad que muestren, jamás llegará al punto que ellos tuvieron en su primer nacimiento".

Recuerdo todo esto a raíz de un generoso obsequio recibido no hace mucho: "Kavafis Íntegro", de Miguel Castillo Didier. Tengo el conocimiento sólo de dos traducciones nacionales con obras de la cobertura de éste: Egidio Poblete, con su notable traducción de la *Enéida*, y el Profesor Juan Salas, con su *Rapto de Ulises* y *Centos*. "Kavafis Íntegro", sin embargo, aventaja a ambos por su aparato crítico.

Queo que, desde la época del ostracismo del cura a esta parte, la labor filosófica ha ganado un universo. No en balde en aquellos tiempos la individualidad era, con toda, un juego nuevo. De ahí que, muchas veces, ciertas lecturas al ego traspasan lo concreto en concreto. Un poco antes, en los albores del humanismo, los humanistas sacaron sobre el mundo antiguo agarrando el hilo por cosas al griego en su genialidad y al romano, por su decisión, a toda quita. Esta conciencia de que el espíritu de la época se capta comprendiendo el cuerpo de circunstancias de la época, de como ramalazo la labor. Remitidos en, científicos de Valla, Erasmo, Meino y como. Actualmente se viene recuperando ese primer espíritu de estos primeros filósofos modernos: conocer al autor en su autoría, comprender la obra vinculada al mundo en que se generó, comprender al mundo a partir del fenómeno mismo. Fielidad al objeto estudiado más que al estacionero.

Se infiere de lo anterior lo que Borges señala al hablar de Iliada: que según la leyenda murió matando, esto es, que la labor del traductor, ante todo, es sagrada. Y nace de esto la paradoja: de humildad ante todos los que hacen literatura, el del traductor se tiene en serio y nota de la actividad intelectual; justo ahora que el traductor pide y el tiempo llega, en el caso de Kavafis por ejemplo, la posibilidad de aperturas de diálogo.

Kavafis íntegro [artículo] Guillermo Carrasco Notario.

Libros y documentos

AUTORÍA

Carrasco Notario, Guillermo, 1966-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1991

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Kavafis íntegro [artículo] Guillermo Carrasco Notario.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile